

TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Ancízar de Jesús Cadavid Restrepo

(Bello/Antioquia, 1949 -)



QUINCE MESES DESPUÉS DEL “BOGOTAZO” y del asesinato de Gaitán empecé mi caminata en Bello (Antioquia) el 9 de julio de 1949. En el calendario litúrgico de la iglesia romana era día de rezarle a Nuestra Señora de Chiquinquirá; era un sábado, día en que el devocionario antioqueño hace pausas para honrar a María la madre de Jesús; y me dice mi madre que estaban sonando las campanas del Ángelus del mediodía en las torres de la iglesia principal. A pesar de esa triple marca mariana de mi nacimiento, poco me gustó la “Virgen María” hasta cuando, a mis 20 años, saboreé por mi cuenta, por primera vez y a mi aire, la rebeldía de su “magnificat”.

LA MAYOR GLORIA DE DON JULIO ERA UN HIJO SACERDOTE. Una tarde del noviembre de 1961, a mis 12 años y una vez presentado mi último examen de fin de año escolar, mi padre me ordenó lavarme y adecentarme; me llevaría a “Emaús” para que evaluaran mi tanto estudiar, mi espíritu manso y tímido, y mis emocionadas piedades; el padre Gabriel dio el

dictamen “este muchachito tiene las alas abiertas para el seminario”. Conté en la mente: ¡67 días! Ese era el tiempo que me quedaba para gozar el calor de mi hogar. Hasta la media noche, todo se me fue en llorar.

VINO MI FORMACIÓN PARA SER SACERDOTE. Fueron siete años de filosofía, antropología y teología en el Seminario de Misiones Extranjeras de Yarumal (Antioquia); luego de un año de inserción misionera en las selvas del Sarare con los indios U’wa (Piedemonte Arauca), fui ordenado sacerdote misionero javeriano a los 26 años largos, en noviembre de 1975. Por obra y gracia de la II Conferencia General del Episcopado latinoamericano en Medellín, año de 1968, la teología latinoamericana se hizo visible, se dio un nombre, perfiló su rostro, clarificó opciones, asumió unas categorías de análisis y un lenguaje, definió como rumbo político la crítica de la sociedad capitalista empobrecedora, concentradora de los medios de producción y las ganancias en poquísimas manos, expoliadora, sin alma, productora de negaciones masivas y de la muerte de pueblos enteros. La teología de la liberación entró en la historia y se embarcó en el conflicto. Mi sacerdocio, entendido desde el principio para el servicio de los más pobres, creció y se fortaleció en ese humus teológico: pastoral de denuncia, de anuncio, de praxis liberadora y de esperanza, comunidades eclesiales de base y comunidades cristianas campesinas, crítica de la iglesia de poder y aliada de las minorías opresoras, crítica social, prefiguración teórica y modelaje práctico en los ámbitos cristianos de la nueva sociedad sin clases, organizaciones de base, promoción de las organizaciones populares autónomas, diálogo cercano con los movimientos políticos de izquierda que combatían por una nueva sociedad. En suma, fe y política. Desde las orillas cristianas del pensamiento yo apoyaba la nueva reflexión y hacía una lectura materialista y dialéctica de la biblia, de la fe, de las iglesias, de las distintas praxis cristianas, de los procesos de construcción de comunidad. Los agentes pastorales de la nueva iglesia y los actores políticos de la nueva sociedad concordábamos explícitamente en la construcción del socialismo. En tanto teología desde las periferias y desde las opciones eclesiales de izquierda, la Teología de la Liberación abría caminos a todos los sectores negados históricamente en el continente y en el mundo. Desde América Latina se hacía escuela nueva para el mundo desde la fe: acciones ricas en fantasía, en pasión y en logros, al lado de mayorías y minorías negadas, comunidades negras, indígenas y campesinas, desplazados de la tierra y por el conflicto interno de las naciones, clase obrera, mujeres, pobladores de zonas de miseria, trabajadores de la economía informal, colonos de la selva, mujeres explotadas en su condición sexual. Para todos y todas hubo teología; para todos, esperanza; para todos, alentadoras homilías traídas de siglos remotos, reflexión bíblica situada en la vida y en los contextos, espacios iluminadores de oración y culto, marcha de fe y manifestaciones públicas abrigadas con la presencia y la fuerza de la “iglesia nueva”.

EN LA DÉCADA DE LOS SETENTA se organizaron muchos espacios informales de reflexión formal alrededor de la nueva teología y de la opción por los pobres. Yo fui huésped de sus encuentros en diversos lugares del país. También por su reflexión iban desfilando todas las realidades humanas. Se miraban con mirada antropológica y sociológica seria, atinada y evangélicamente liberadora.

LAS OPCIONES SE PAGAN CON LA CÁRCEL. En mis tres primeros años como sacerdote misionero prediqué sobre el deber misionero del pueblo de Dios cerca de 1500 sermones en 150 iglesias de Antioquia, Santander, Risaralda y Norte de Santander. Con la convicción de haberme ordenado para *evangelizar a los pobres* y con la fatiga de tan extenuante tarea, pedí ser enviado al mundo de los pobres. Y me mandaron, exactamente, al que más me asustaba, Puerto Inírida en el Guainía amazónico, 78.000 kilómetros cuadrados de selva y de opresión, de maraña fluvial y de silencio. En sus selvas aterricé el 3 de enero de 1979 y me emocionaron sus cerros de Mavicure, sus muchos raudales y sus ríos, que por años serían mis carreteras, Inírida, Guaviare, Atabapo, Orinoco, Isana, Negro y Guainía. Gusté como maná del cielo su casabe y su yucuta, su faríña y su muquiao, sus etnias Puinave, Curripaco, Yeral, Tucano, Desano y Wanano y sus familias campesinas comunistas y liberales que, por la violencia católico-conservadora, habían huido del interior del país a lo más hondo y perdido de la selva. Pocas semanas me fueron suficientes para entender que eran los indígenas y los pobres quienes me evangelizaban a mí; en efecto, ya había visto la forma sabia y amorosa con que se relacionaban con la tierra. Mis hermanas y hermanos indígenas me enseñaron el evangelio del amor a la tierra. Y empecé a ver el dolor y la opresión. Un día vimos llegar indios al puerto de Inírida con sus potrillos cargados, casi hasta el naufragio, de unos enormes conos de fibra vegetal sacada de una palma en las entrañas de la selva. Y vi cómo los ricos del pueblo, católicos, conservadores y protectores de los curas, los explotaban: en la pesa les mermaban al kilaje, valoraban su mercancía en menor precio, al multiplicar kilos por pesos hacían dar menos al resultado, les pagaban con ropa y aguardiente que les tasaban en alto precio para, finalmente, fallar que el indio les quedaba en deuda. Era un cruel sistema de endeude perpetuo. La deuda de los indios crecía en progresión geométrica; cada vez estaban más pobres y más endeudados, más escuálidos y tuberculosos y corría hacia abajo su promedio de vida que, por aquel entonces estaba en 41 años. Y vimos las primeras elecciones. Los jefes locales de los dos únicos partidos de Colombia se iban por los ríos a cazar indios y a secuestrarles sus cédulas; como espectros nocturnos llegaban barcasas cargadas de sombras famélicas esperanzadas en el día siguiente, el de las elecciones, cuando les darían almuerzo con carne. Los confinaban en una maloca improvisada a la orilla del río para que pasaran la noche. Al día siguiente, cuando se abrían los puestos de votación, empezaba la procesión de sombras cobrizas, indio tras indio, tomados por el brazo, por en medio de un camino entre cordeles para que nadie se escapara. Los conservadores por la derecha y los liberales por la izquierda. Al llegar al puesto

de votación, cada indio votante recibía su cédula y una papeleta, la del voto, que así se votaba en ese entonces, con el mandato de depositarla en la urna. Nosotros, los 7 misioneros, habíamos sido alertados y nos equipamos con cámaras, grabadoras y casetes, lápices y cuadernos y nos asignamos tareas de indagación en el terreno. Yo era el fotógrafo. Cuando un alto militar me vio haciendo fotos y fotos, se me acercó y me preguntó “¿quién es usted?; “el párroco”, le contesté; y me dijo “eso que usted está haciendo es subversión”; “es periodismo”, le dije; “¿y qué les interesa?”, me replicó; le dije “retratar la democracia colombiana”. Me pareció que se había quedado tranquilo con mis respuestas. Siete meses después descubrí que nos estaban llevando la cuenta. A la manera de Paulo Freire, recorrimos la selva identificando con sus comunidades “temas generadores”. Esos temas eran educación, conciencia, organización y lucha. Los indios y los pobres se juntaron y todos se entendieron como víctimas de una misma tragedia nacional, la de la exclusión, la de la opresión y la del empobrecimiento. El evangelio se nos llenó de historia y de vida y la vida y la historia de aquellos pueblos postergados se llenaron de las evangélicas utopías de Jesús. La noche anterior al 9 de octubre de 1980 había dormido poco y mal y me levanté temprano. Sucedió en la sencilla casa de la misión, rodeada de trópico. Iba a escribir mi meditación de ese día por ver si lograba meterme en serio en mi PROGRAMA DE CONVERSIÓN. Sin ser llamados, sin aviso previo, irrumpieron en la casa cuatro policías; allanaron la casa y el templo y a todos nos llevaron a la cárcel: *“ustedes están involucrados en un programa de subversión”*. Nos trasladarían en avión a Villavicencio (Meta). Por los misteriosos caminos de la selva, las gentes llegaron al aeropuerto y cantaron con voz rebelde y consternada *“habrá un día en que todos, al levantar la vista, veremos una tierra que ponga libertad”*. Pero un juez civil falló a nuestro favor: *“todo el material que se aduce como prueba es material evangelizador; todas las acciones que se alegan como subversivas son prácticas pastorales solidarias con el mundo de los pobres; los textos aportados de las homilías sólo reflejan la alta sensibilidad frente a la pobreza. En nada se encuentra promoción de asonada o atentado contra la paz del Estado, ni la invitación a levantarse contra el mismo. Además, es bueno recordar que es deber de los sacerdotes velar porque los poderosos no cometan atropellos contra los oprimidos y eso, por sí mismo, no constituye subversión. La tarea que hacen este sacerdote y su equipo a favor de los más pobres la deberían estar haciendo todos los sacerdotes de Colombia. Por todo lo anterior, damos boleta de libertad a favor de los acusados”*.

LA VOCACIÓN SE PAGA CON EL DESTIERRO. El 13 de noviembre de 1983 era domingo y prediqué en la iglesia de Sayausí, en Cuenca, Ecuador, a las doce del mediodía y ante un templo repleto de humildes campesinos, la 1 carta de Pablo a los Tesalonicenses (1 Tesalonicenses 5, 1-6). Dije *“Hay un tiempo y unas circunstancias. ¿Qué tiempo y cuáles circunstancias? Es tiempo de la venida de algo nuevo. Los instalados y felices están diciendo “paz y seguridad nacional”; los seguidores de Jesús estamos atentos para ver claras las*

cosas: la verdad y la mentira, la sinceridad y el engaño. Los instalados burgueses dicen “armémonos para mantener la tranquilidad social”. Los hijos de Dios decimos “organicémonos para resistir y defender al pueblo pobre y oprimido que es nuestro pueblo”. Los seguidores de Jesús no podemos andar más en tinieblas ni podemos dormir engañados, tenemos que vivir sobrios y despiertos, identificando al enemigo y sin dejarnos halagar por sus falsas promesas. Ha sonado la hora de que el pueblo creyente diga, con todos los demás colectivos en lucha, basta ya”. Los cuerpos de seguridad, camuflados entre la multitud, me seguían y me tomaban nota. En mi misión rural y lejana de Chaucha me moví desde enero de 1983 hasta mayo de 1986, fecha en que el arzobispo de Cuenca Arturo Luna Tovar, cuidando mi vida, me llamó y me dijo “hay un plan para matarte, vuélvete a Colombia”. Él mismo me organizó la salida hasta la frontera.

EL COMPROMISO SE PAGA CON EL EXILIO. Para hacer acopio de fuerzas volví al trabajo temporal en una parroquia urbana en la diócesis de Armenia (Quindío). Esto duró poco, el cardenal de Medellín, Alfonso López Trujillo, le ordenó al obispo de Armenia, José Roberto López, mi inmediata expulsión. Y el obispo la ejecutó sin criterio propio. Era diciembre de 1988. De nuevo en Medellín, tomé la decisión de iniciar algo que venía pensando y postergando, la creación de un centro que, en memoria del “obispo de los indios y los negros”, Gerardo Valencia Cano, retomara su manera pastoral de actuar y se dedicara a la creación y formación de Comunidades Eclesiales de Base en sectores más empobrecidos. Lo denominamos “CEV – Centro Ecuménico Gerardo Valencia Cano” y arrancamos con pie firme, con dinamismo, con mucha proyección y con el apoyo económico de una agencia ecuménica canadiense. Esto duró poco, pues el 7 de junio de 1989, sólo cinco meses después de su inicio, terminada una gira de establecimiento y primera formación de comunidades de base en el Putumayo, llegó a la sede del CEV, entre muchas, una carta. Era una carta anónima puesta en Medellín con sellos de correo urbano. Una impresionante amenaza de muerte. Me daban 20 días para abandonar Colombia y ya habían pasado 18. Los sicarios armados y en moto ya aguardaban la oportunidad al frente de mi casa en Envigado (Antioquia). El abandono de mis hermanos Javerianos, y esa carta, y esos sicarios, y las evidencias de que ambas amenazas eran en serio y contra mí, me mandaron al exilio. Duró un tiempo que se me hizo eterno, tres años, seis meses y cuatro días. Aún sin todo eso, el solo exilio es una carga inllevable. Primero en una parroquia de Roma y luego con los misioneros de Belén en la Suiza alemana. Fue un tiempo de pura misión en el corazón del primer mundo rico.

LA EXCLUSIÓN EN CARNE PROPIA. A mi regreso del exilio quise hacer un trabajo educativo con niñez abandonada y en situación de calle en Medellín. Así nació la Corporación Educativa COMBOS – Comunidades Educativas de Base, tarea que mis hermanos de comunidad religiosa me ordenaron hacer sin ellos por no ser un campo de misión asignado

por la Santa Sede. Fue la última vez que me abortaron. No fue fácil, pero me dejé abortar. Y descubrí, apenas ahí, con relativa serenidad, que las iglesias, como marca propia, no concuerdan con el Reino anunciado por Jesús y que yo no podía convivir con esa radical contradicción. Que, definitivamente, mi irrenunciable pasión por la libertad nunca cabría en iglesia alguna. Porque las iglesias estaban diseñadas para no concordar con la misericordia sin límites de Dios que Jesús llamó “*el Reino*”.

LA EDUCACIÓN COMO CAMINO HACIA LA LIBERTAD. Desde enero de 1993 hasta hoy, abril de 2021, me he dedicado a construir con pequeños colectivos, espacios de educación libertaria, socio-crítica, en relación horizontal de poder compartido, en articulación de fe y política, en articulación de pedagogía y liberación, en promoción de culturas incluyentes, en afirmación de las diferencias humanas. Y cuando me preguntan si abandoné el sacerdocio les respondo convencido que ahora soy *sacerdote en periferia*, en opción por los grupos humanos en situación de periferia y en misión desde la periferia de las iglesias: Corporación Educativa Combos – Comunidades Educativas de Base, Fundación Educativa Soleira, Comunión sin fronteras, Universidad Popular de los Pueblos - UPP, Asociación de economía solidaria LGBTI Abril San Damián, Escuela Popular itinerante de Teologías y Espiritualidades Desde Abajo – EPITEO. Y todo el tiempo me acompaña una convicción: que el trabajo por el digno vivir de todas las formas de la vida es el más santo de los servicios.

Ancízar Cadavid Restrepo

Retiro de San Damián, La Estrella, abril 6 de 2021

Soy animador sociocultural y facilitador

en la Universidad Popular de los Pueblos - UPP

y director de la Asociación

de diversidades solidarias Abril San Damián.

Tengo 71 años y me he formado

como teólogo, filósofo y pedagogo.

e-mail:ancizar.cadavid@gmail.com



www.kaired.org.co